



AÑO DE LA CREACION DE LA BANDERA BONAERENSE

Concurso Nacional para Jóvenes Narradores "Haroldo Conti"

LAS RAMAS DEL ALAMO CAROLINA

Cuando surgió la propuesta de realizar un concurso literario para jóvenes narradores bonaerenses -hace ya tres años- el objetivo era ofrecer un espacio a todos aquellos escritores de cuentos, que desde cada rincón de nuestra vasta geografía, necesitaran mostrar sus historias.

Aquel sueño compartido entonces por el Subsecretario de Cultura provincial, Luis Verdi, y Miguel Briante; creció como las ramas del *álamo carolina* que marcaron toda una generación comprometida con la vida.

Este año, en su **primera edición nacional,** convocó la participación de más de 700 autores argentinos que enviaron alrededor de 2.500 trabajos.

Haroldo Conti, artista representativo de un pueblo y una época, continúa inspirando nuevas camadas de creadores. Ese tronco de espesa corteza sobrevive en la savia de los brotes recién nacidos, y su *verde memoria* se convierte en *toda una celebración.*

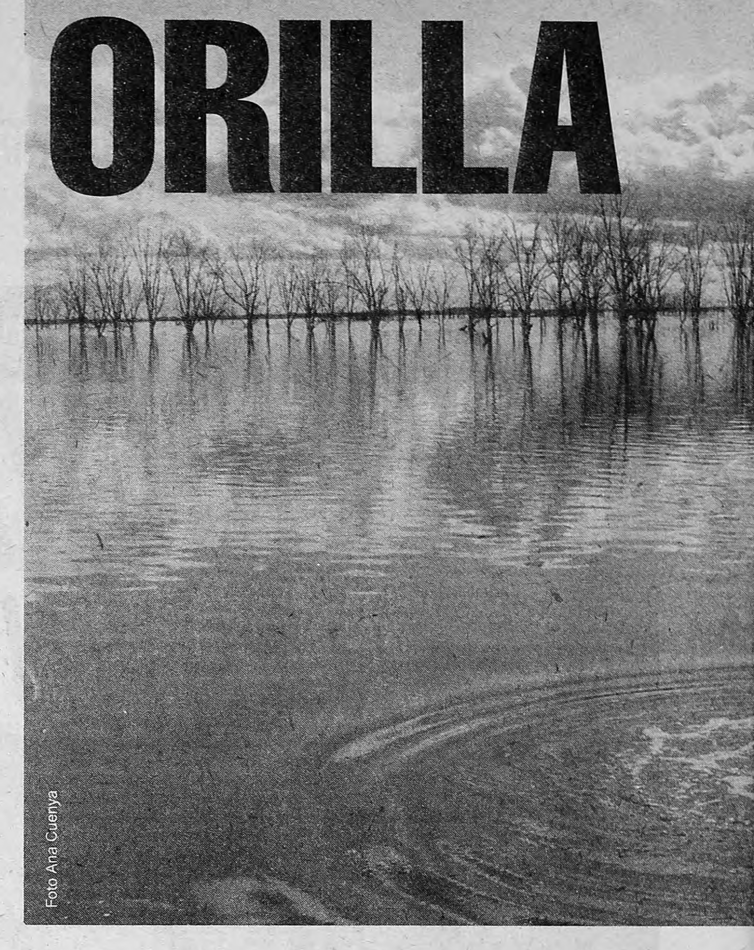




LA OTRA ORILLA

1º PREMIO

BEATRIZ E. ACTIS



La primera filtración paso inadvertida. La gota rebelde apareció lentamente, se quebró con un ruido leve y rodó por la pared. Días después era un chorro de agua visible que brotó de la fisura con un sonido lejano de pequeña cascada y cayó al pavimento. Lo descubrió el personal de limpieza, que llamó a los administrativos que con sorpresiva rapidez avisaron a los especialistas. El Departamento Técnico hizo lo que pudo, consulto a otra dependencias del gobierno y citó a ingenieros; éstos, a los subsecretarios, luego a un ministro. A través de la fisura, el agua del río se deslizaba por el túnel como un pasajero más. Desde ese día tuvimos que volver a usar la balsa.

Todos los jueves me iba a visitarlo al Viejo a Paraná. Antes de las filtraciones cruzaba en ómnibus. La balsa era lenta pero me permitía literalmente entrar en el río. Cruzar el túnel, en cambio, resultaba impersonal, secreto. La balsa permitía ir acostumbrándose al paisaje, avistar desde el agua las barrancas y casi sobre ellas, cruzando apenas el Parque, la casita del Viejo. Sabía que me esperaba con su mujer, con sus gatos y con el mate. El Viejo era pintor y poeta pero también empleado del Registro desde hacía décadas. Absurdamente, no lograba concluir el trámite de la jubilación, lo que lo hubiera liberado de la rutina del trabajo. La tarde del jueves era la única en la que no hacía horas extras en el Registro y podía quedarse leyendo y escribiendo en su casa frente al Parque. Yo había arreglado con el dueño de la imprenta para desocuparme a las dos, compensar los sábados con jornada completa y poder cruzar a Paraná cada jueves.

Era un rito visitar al Viejo y el rito se completaba con el viaje en balsa y las conversaciones triviales sobre el estado del túnel. Para muchos el Viejo era un tipo raro y la mujer también. Se notaba en la forma en que lo miraban o en la manera de ignorarlo. Yo lo conocí de este lado, en Santa Fé, cuando llegó a la imprenta con unos largos poemas flacos, escritos con tinta negra y letra apretada, y le pidió al dueño que los editara en cartillas respetando el tipo de letra y la distribución en la hoja de los originales. Pagó al contado, y aunque no era mucha plata me sorprendió que la tuviera - y que se dedicara a eso siendo su aspecto casi el de un indigente. Después, cuando lo conocí mejor, supe que sus privaciones eran reales pero no le molestaban tanto -por ejemplo- no poder jubilarse del Registro tras cincuenta años de trabajo o tener que resignarse a no conocer nunca el Oriente. Cargaba con su pobreza con la dignidad del que la elige; los demás la interpretaban como un rasgo de ascetismo o de desprendimiento.

Por qué no podía jubilarse era en realidad un enigma. Misteriosas trabas burocráticas lo confinaban a la misma oficina desde hacía décadas. Me preguntaba que edad tendría el Viejo, ¿setenta y cinco, ochenta? . Había empezado a trabajar en el Registro siendo ya un adulto. Sus veinte, sus treinta años -según alguna de las referencias fragmentarias sobre su pasado- los había vivido en el interior, en Crespo, en Gualeguay, como viajante y ocasionalmente maestro de escuela. "Sin los aportes se trabajaba de otra manera en aquellas épocas, y además en el medio del campo" - decía - "En total son sesenta y pico de años de trabajo; tendría que jubilarme de una buena vez". Algunos pensaban que era un sabio, no sólo un artista. Yo lo admiraba y respetaba pero también lo quería como se puede querer a un tío viejo. Por nuestra diferencia de edad podría haber sido no mi padre sino mi abuelo. Me gustaban sus poesías y muchos de los dibujos. Escribía y pintaba obsesivamente sobre el río; sin embargo, no sé porqué, los versos parecían distintos unos de otros. Repetían casi las mismas palabras, describían lugares similares. Decían: ángel, orilla, otoño, amarillo. A veces, releyendo creía adivinar que querían decir muchas otras cosas o al menos algo que yo no comprendía. El gran sueño del Viejo además de la jubilación era conocer Oriente. Sabía que no iba a viajar nunca. No tenía dinero no tiempo ni salud. Hablaba de los poetas de la CHina como un gran conocedor. Yo lo escuchaba a veces con atención, otra con aburrimiento, porque únicamente había leído a Li Po y a otros chinos -cuyos nombres me siguen confundiendo- en alguna antología.

La mujer casi no hablaba. Cebaba mate, atendía los gatos, el jardín, la casa. No sé siquiera si escuchaba nuestras conversaciones, que consistían, la mayoría de las veces en calmos monólogos del viejo. Hablaba como en un arrullo, fumaba con boquillas largas, se levantaba y urgaba entre los libros y los papeles para mostrarme un poema nuevo.

Recuerdo, sobre todo los atardeceres sobre el patio de la casa, las luces cambiantes sobre el río, los silencios del Viejo en contraste con los sonidos tenues y reiterados del parque. Mirábamos las barrancas, las islitas, el agua, y el Viejo me mostraba un resplandor lejano y decía, por ejemplo: "...el crepúsculo de allá". Yo intuía que en realidad se refería a algún sentimiento, a algunas sensaciones que le despertaba el paisaje y que, me daba la impresión, significaban más que las palabras mismas, como una especia de premonición. Tampoco podía dejar de pensar en Santa Fe, en mi, en que había elegido la particular dicha, o la particular condena, de ver atardecer todos los jueves desde el otro lado del río.

Las fisuras en el túnel lo preocupaban igual que a todos los que cruzábamos regularmente, no por tener que volver a usar la balsa, sino porque llegaba la época de la crecida, y si el río se ponía peligroso la balsa tampoco iba a salir. A lo sumo le darían prioridad a los camiones con mercadería y no a los pasajeros. Se cortarían las comunicaciones como solía suceder antes de que construyeran el túnel. Por lo demás el túnel en sí mismo no nos preocupaba demasiado. Los otros amigos del Viejo vivían en Paraná y algunos parientes, en el interior. Lo visitaban cada tanto. En el invierno, la casa se convertía en una especie de centro de reunión de artistas y gente que lo admiraba o al menos lo miraba con curiosidad. Lo visitaban sobre todo los fines de semana, más o menos desde junio hasta agosto. Yo no participaba porque en esos días viajaba a mi rancho cerca de Helvecia. Al llegar la primavera las reuniones, según me contaba el viejo, se iban espaciando y a lo sumo se transformaban en breves sobremesas en alguna parrilla del Parque, cerca de la casa. El calor dispersaba a los parientes y a los amigos, y solamente volvían a reunirse con los primeros fríos. Yo era el único que no vivía en Entre Ríos y me conformaba con mantener las visitas de los jueves.



La clausura del túnel y la posibilidad de que pronto tampoco pudiéramos cruzar en la balsa dificultaban nuestra relación: se interrumpiría una ceremonia que llevaba más de cinco años. Excepto en enero, cuando me instalaba a pasar el verano en el rancho de Helvecia, rodeado de turistas -desde cordobeses a europeos- que venían a pescar y a cazar en la zona, la rutina de los jueves era inalterable. Durante el año variaba únicamente cuando el Viejo decidía venir a Santa Fé, aunque en los últimos años eso casi no sucedía. Cuando cerraron el túnel, el Viejo no se movió definitivamente de su casa. El motivo por el que el Viejo venía antes a Santa Fé con cierta frecuencia era intentar publicar "Sus cartillas fidedignas", como las llamaba (no se si en serio o en broma) debido a su deseo obsesivo de que fueran hechas con el mismo diseño que los originales a tinta. Nuestro vínculo se afianzó a partir de mi recomendación ante el dueño de la imprenta en donde trabajo, quién decidió editarle una serie de versos.

Una vez se me ocurrió organizar una charla con el Viejo, algo así como un café literario para que leyera sus poemas y pudiera venderlos. Ese día lo recibí en el departamento que alquilaba en el centro. El Viejo estaba incómodo; seguramente se sentía encerrado. Al verlo agobiado, como empequeñecido en la ciudad, decidí que nos fuéramos enseguida a la biblioteca de los anarquistas, la que está en Barrio Candioti. Había poca gente. Me sorprendió lo heterogéneo del público: señoras de barrio, algún jubilado, alumnos de secundario; de la biblioteca, únicamente el presidente de la comisión y la bibliotecaria (de todas manera no eran habitualmente muchos más). Me extrañó que no fueran los intelectuales del diario o de los asociaciones de los escritores, entre quienes había estado de moda rescatar la figura del viejo como la de un esclarecido o un iniciado. Éramos unos diez o doce. Al Viejo lo ubicaron como en una especie de estrado delante de una mesa sin micrófonos. Sacó muy despacio sus cuadernos del bolso. Saludo en un tono apenas audible y empezó a ojera los cuadernos para elegir poemas. El presidente de la biblioteca lo había presentado como a "Un artista apartado del sistema, un talento único, en fin, señores: un anacoreta". El Viejo, por supuesto, lo había ignorado. En el silencio de la salita únicamente podía oirse el ruido del ventilador de pie. Era marzo y el calor iba a ser todavía insoportable al menos hasta fines de abril. El Viejo no se decidía a leer nada. Se oyó una tos, otra; el ruido de un atado de cigarrillos que se abollaba, el chasquido de fósforos. Finalmente la voz leve susurró unos versos que hablaban de la infancia en Gualeguay. Recuerdo menciones de árboles, de luces, de gente del pueblo, con apellidos y apodos, por momentos la lectura se hacía inaudible, imposible de seguir. El público se impacientaba. Adiviné algunos versos repetidos o que me recordaban a otros que el Viejo me había leído alguna vez en Paraná: ilusiones de septiembre, sentimientos como velas fascinadas. Frases que rebotaban levemente y al final se perdían entre los bostezos y los tubos fluorescentes de la salita.

Desde aquel día, la única invitación que recibió desde acá fue de la Universidad, para ser jurado de un concurso de poesía. El Viejo demoró la lectura y se empeñó en premiar a todos los poetas con menciones o, al menos, con la selección de algunos de los versos de cada uno para publicar en una antología. Un jueves encontré en la balsa a un empleado de la Universidad que cruzaba el río para conminar al Viejo a que dictaminara o renunciara al jurado.

Después de la renuncia, nadie volvió a llamarlo. No pareció importarle: en Paraná jamás había participado de un acto público. Pidió licencia por enfermedad en el Registro porque le dolían las articulaciones y creyó que con un certificado médico podría acelerar los trámites de la jubilació. Mese más tarde debió volver porque sin presentismo ni horas extras, vivir -incluso pobremente, como él y su mujer lo hacían - era casi imposible.

Cuando llegó la época de crecida la balsa empezó a salir una vez por semana. Según lo que todos habíamos previsto, la prioridad fueron los camiones y no los pasajeros. Unas semanas después el viaje se suspendió por tiempo indeterminado: la violencia de la crecida lo hacía riesgoso. Por esos días tuve que ir a Helvecia porque el agua casi se había llevado el rancho. Cuando volví a Santa Fe, intenté hablar po telefono a la oficina del Registro. Me dijeron que el Viejo cumplía una adscripción temporaria en el Archivo General y que no había manera de comunicarse. Le envié una carta como en un último intento (hacia semanas que mi viaje de los jueves se había interrumpido). En el correo me avisaron sobre la probable demora a causa, una vez más, de la inundación; la mandé igual. El dueño de la imprenta -que hacia tiempose había negado a publicar una cartilla del Viejo - rechazó mi pedido de tomarme unos días de vacaciones "Para qué", dijo, "el rancho debe estar tapado por el agua". Pero yo no quería ir a Helvecia, sino dar la vuelta por Zárate y bordear hasta Paraná. Me enoje con el dueño, tuve dudas y finalmente desistí. A través de semanas imaginé las reuniones de los primeros fríops en la casa fren-

Jueves 14 de noviembre de 1996

LA OTRA ORILLA

1º PREMIO

BEATRIZ E. ACTIS

La primera filtración paso inadvertida. La gota rebelde apareció lentamente, se quebró con un ruido leve y rodó por la pared. Días después era un chorro de agua visible que brotó de la fisura con un sonido lejano de pequeña cascada y cayó al pavimento. Lo descubrió el personal de limpieza, que llamó a los administrativos que con sorpresiva rapidez avisaron a los especialistas. El Departamento Técnico hizo lo que pudo, consulto a otra dependencias del gobierno y citó a ingenieros; éstos, a los subsecretarios, luego a un ministro. A través de la fisura, el agua del río se deslizaba por el túnel como un pasajero más. Desde ese día tuvimos que volver a usar la balsa.

Todos los jueves me iba a visitarlo al Viejo a Paraná. Antes de las filtraciones cruzaba en ómnibus. La balsa era lenta pero me permitía literalmente entrar en el río. Cruzar el túnel, en cambio, resultaba impersonal, secreto. La balsa permitía ir acostumbrándose al paisaje, avistar desde el agua las barrancas y casi sobre ellas, cruzando apenas el Parque, la casita del Viejo. Sabía que me esperaba con su mujer, con sus gatos y con el mate. El Viejo era pintor y poeta pero también empleado del Registro desde hacía décadas. Absurdamente, no lograba concluir el trámite de la jubilación, lo que lo hubiera liberado de la rutina del trabajo. La tarde del jueves era la única en la que no hacía horas extras en el Registro y podía quedarse leyendo y escribiendo en su casa frente al Parque. Yo había arreglado con el dueño de la imprenta para desocuparme a las dos, compensar los sábados con jornada completa y poder cruzar a Paraná cada jueves.

Era un rito visitar al Viejo y el rito se completaba con el viaje en balsa y las conversaciones triviales sobre el estado del túnel. Para muchos el Viejo era un tipo raro y la mujer también. Se notaba en la forma en que lo miraban o en la manera de ignorarlo. Yo lo conocí de este lado, en Santa Fé, cuando llegó a la imprenta con unos largos poemas flacos, escritos con tinta negra y letra apretada, y le pidió al dueño que los editara en cartillas respetando el tipo de letra y la distribución en la hoja de los originales. Pagó al contado, y aunque no era mucha plata me sorprendió que la tuviera - y que se dedicara a eso- siendo su aspecto casi el de un indigente. Después, cuando lo conocí mejor, supe que sus privaciones eran reales pero no le molestaban tanto -por ejemplo- no poder jubilarse del Registro tras cincuenta años de trabajo o tener que resignarse a no conocer nunca el Oriente. Cargaba con su pobreza con la dignidad del que la elige; los demás la interpretaban como un rasgo de ascetismo o de desprendimiento.

Por qué no podía jubilarse era en realidad un enigma. Misteriosas trabas burocráticas lo confinaban a la misma oficina desde hacía décadas. Me preguntaba que edad tendría el Viejo, ¿setenta y cinco, ochenta? . Había empezado a trabajar en el Registro siendo ya un adulto. Sus veinte, sus treinta años -según alguna de las referencias fragmentarias sobre su pasado- los había vivido en el interior, en Crespo, en Gualeguay, como viajante y ocasionalmente maestro de escuela. "Sin los aportes se trabajaba de otra manera en aquellas épocas, y además en el medio del campo" - decía - "En total son sesenta y pico de años de trabajo; tendría que jubilarme de una buena vez". Algunos pensaban que era un sabio, no sólo un artista. Yo lo admiraba y respetaba pero también lo quería como se puede querer a un tío viejo. Por nuestra diferencia de edad podría haber sido no mi padre sino mi abuelo. Me gustaban sus poesías y muchos de los dibujos. Escribía y pintaba obsesivamente sobre el río; sin embargo, no sé porqué, los versos parecían distintos unos de otros. Repetían casi las mismas palabras, describían lugares similares. Decían: ángel, orilla, otoño, amarillo. A veces, releyendo creía adivinar que querían decir muchas otras cosas o al menos algo que yo no comprendía. El gran sueño del Viejo además de la jubilación era conocer Oriente. Sabía que no iba a viajar nunca. No tenía dinero no tiempo ni salud. Hablaba de los poetas de la CHina como un gran conocedor. Yo lo escuchaba a veces con atención, otra con aburrimiento, porque únicamente había leído a Li Po y a otros chinos -cuyos nombres me siguen confundiendo- en alguna antología.

La mujer casi no hablaba. Cebaba mate, atendía los gatos, el jardín, la casa. No sé siquiera si escuchaba nuestras conversaciones, que consistían, la mayoría de las veces en calmos monólogos del viejo. Hablaba como en un arrullo, fumaba con boquillas largas, se levantaba y urgaba entre los libros y los papeles para mostrarme un poema nuevo.

Recuerdo, sobre todo los atardeceres sobre el patio de la casa, las luces cambiantes sobre el río, los silencios del Viejo en contraste con los sonidos tenues y reiterados del parque. Mirábamos las barrancas, las islitas, el agua, y el Viejo me mostraba un resplandor lejano y decía, por ejemplo: "...el crepúsculo de allá". Yo intuía que en realidad se refería a algún sentimiento, a algunas sensaciones que le despertaba el paisaje y que, me daba la impresión, significaban más que las palabras mismas, como una especia de premonición. Tampoco podía dejar de pensar en Santa Fe, en mi, en que había elegido la particular dicha, o la particular condena, de ver atardecer todos los jueves desde el otro lado del río.

Las fisuras en el túnel lo preocupaban igual que a todos los que cruzábamos regularmente, no por tener que volver a usar la balsa, sino porque llegaba la época de la crecida, y si el río se ponía peligroso la balsa tampoco iba a salir. A lo sumo le darían prioridad a los camiones con mercadería y no a los pasajeros. Se cortarían las comunicaciones como solía suceder antes de que construyeran el túnel. Por lo demás el túnel en sí mismo no nos preocupaba demasiado. Los otros amigos del Viejo vivían en Paraná y algunos parientes, en el interior. Lo visitaban cada tanto. En el invierno, la casa se convertía en una especie de centro de reunión de artistas y gente que lo admiraba o al menos lo miraba con curiosidad. Lo visitaban sobre todo los fines de semana, más o menos desde junio hasta agosto. Yo no participaba porque en esos días viajaba a mi rancho cerca de Helvecia. Al llegar la primavera las reuniones, según me contaba el viejo, se iban espaciando y a lo sumo se transformaban en breves sobremesas en alguna parrilla del Parque, cerca de la casa. El calor dispersaba a los parientes y a los amigos, y solamente volvían a reunirse con los primeros fríos. Yo era el único que no vivía en Entre Ríos y me conformaba con mantener las visitas de los jueves.

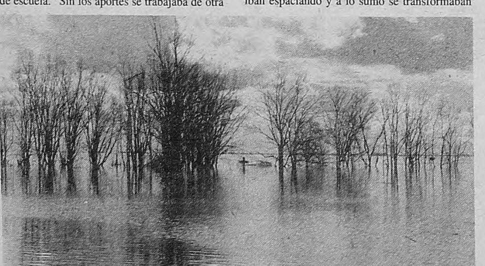


Foto Ana Cuenya

La clausura del túnel y la posibilidad de que pronto tampoco pudiéramos cruzar en la balsa dificultaban nuestra relación: se interrumpiría una ceremonia que llevaba más de cinco años. Excepto en enero, cuando me instalaba a pasar el verano en el rancho de Helvecia, rodeado de turistas -desde cordobeses a europeos- que venían a pescar y a cazar en la zona, la rutina de los jueves era inalterable. Durante el año variaba únicamente cuando el Viejo decidía venir a Santa Fé, aunque en los últimos años eso casi no sucedía. Cuando cerraron el túnel, el Viejo no se movió definitivamente de su casa. El motivo por el que el Viejo venía antes a Santa Fé con cierta frecuencia era intentar publicar "Sus cartillas fidedignas", como las llamaba (no se si en serio o en broma) debido a su deseo obsesivo de que fueran hechas con el mismo diseño que los originales a tinta. Nuestro vínculo se afianzó a partir de mi recomendación ante el dueño de la imprenta en donde trabajo, quién decidió editarle una serie de versos.

Una vez se me ocurrió organizar una charla con el Viejo, algo así como un café literario para que leyera sus poemas y pudiera venderlos. Ese día lo recibí en el departamento que alquilaba en el centro. El Viejo estaba incómodo; seguramente se sentía encerrado. Al verlo agobiado, como empequeñecido en la ciudad, decidí que nos fuéramos enseguida a la biblioteca de los anarquistas, la que está en Barrio Candioti. Había poca gente. Me sorprendió lo heterogéneo del público: señoras de barrio, algún jubilado, alumnos de secundario; de la biblioteca, únicamente el presidente de la comisión y la bibliotecaria (de todas manera no eran habitualmente muchos más). Me extraño que no fueran los intelectuales del diario o de los asociaciones de los escritores, entre quienes había estado de moda rescatar la figura del viejo como la de un esclarecido o un iniciado. Éramos unos diez o doce. Al Viejo lo ubicaron como en una especie de estrado delante de una mesa sin micrófonos. Sacó muy despacio sus cuadernos del bolso. Saludo en un tono apenas audible y empezó a ojera los cuadernos para elegir poemas. El presidente de la biblioteca lo había presentado como a "Un artista apartado del sistema, un talento único, en fin, señores: un anacoreta". El Viejo, por supuesto, lo había ignorado. En el silencio de la salita únicamente podía oirse el ruido del ventilador de pie. Era marzo y el calor iba a ser todavía insoportable al menos hasta fines de abril. El Viejo no se decidía a leer nada. Se oyó una tos, otra; el ruido de un atado de cigarrillos que se abollaba, el chasquido de fósforos. Finalmente la voz leve susurró unos versos que hablaban de la infancia en Gualeguay. Recuerdo menciones de árboles, de luces, de gente del pueblo, con apellidos y apodos, por momentos la lectura se hacía inaudible, imposible de seguir. El público se impacientaba. Adiviné algunos versos repetidos o que me recordaban a otros que el Viejo me había leído alguna vez en Paraná: ilusiones de septiembre, sentimientos como velas fascinadas. Frases que rebotaban levemente y al final se perdían entre los bostezos y los tubos fluorescentes de la salita.

Desde aquel día, la única invitación que recibió desde acá fue de la Universidad, para ser jurado de un concurso de poesía. El Viejo demoró la lectura y se empeñó en premiar a todos los poetas con menciones o, al menos, con la selección de algunos de los versos de cada uno para publicar en una antología. Un jueves encontré en la balsa a un empleado de la Universidad que cruzaba el río para conminar al Viejo a que dictaminara o renunciara al jurado.

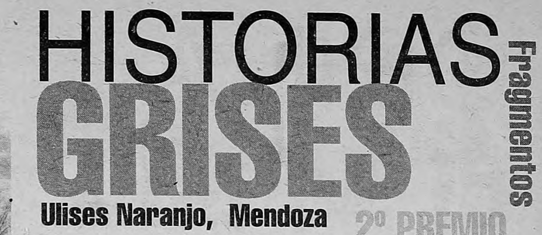
Después de la renuncia, nadie volvió a llamarlo. No pareció importarle: en Paraná jamás había participado de un acto público. Pidió licencia por enfermedad en el Registro porque le dolían las articulaciones y creyó que con un certificado médico podría acelerar los trámites de la jubilació. Mese más tarde debió volver porque sin presentismo ni horas extras, vivir -incluso pobremente, como él y su mujer lo hacían - era casi imposible.

Cuando llegó la época de crecida la balsa empezó a salir una vez por semana. Según lo que todos habíamos previsto, la prioridad fueron los camiones y no los pasajeros. Unas semanas después el viaje se suspendió por tiempo indeterminado: la violencia de la crecida lo hacía riesgoso. Por esos días tuve que ir a Helvecia porque el agua casi se había llevado el rancho. Cuando volví a Santa Fe, intenté hablar po telefono a la oficína del Registro. Me dijeron que el Viejo cumplía una adscripción temporaria en el Archivo General y que no había manera de comunicarse. Le envié una carta como en un último intento (hacia semanas que mi viaje de los jueves se había interrumpido). En el correo me avisaron sobre la probable demora a causa, una vez más, de la inundación; la mandé igual. El dueño de la imprenta -que hacia tiempose había negado a publicar una cartilla del Viejo - rechazó mi pedido de tomarme unos días de vacaciones "Para qué", dijo, "el rancho debe estar tapado por el agua". Pero yo no quería ir a Helvecia, sino dar la vuelta por Zárate y bordear hasta Paraná. Me enoje con el dueño, tuve dudas y finalmente desistí. A través de semanas imaginé las reuniones de los primeros fríops en la casa frente al Parque. No sabía si mi carta le había llegado. Era simple; le decía que extrañaba el atardecer desde aquel lado. Nunca respondió. Durante el invierno que duró la inundación, salía de la imprenta y me sentaba en los canteros de la Costanera Vieja. Mirando al Este, pensaba en lo que ocurriría en la otra orilla. El crepúsculo, los jueves, crecía como una penumbra que se amasa. Recuerdo haber sentido, no sé ... el frío, la sombra el abismo inexplicable. Era más que extrañarlo al Viejo; podía ser, incluso, algo diferente. Empezaba a entender de sus poemas muchas delas cosas que antesma resultaban incomprensibles. Algunos jueves, todavía, cuando vuelvo de Helvecia, siento la necesidad de ir a la laguna; me quedo mirando el agua que pasa, la orilla que se abisma. La locura del tránsito del centro, sobre todo a la mañana, me agobia como nunca lo había hecho durante el tiempo que viví en el departamento. Creo que ya no lo soportaría. Cuando la crisis obligó al dueño a cerrar la imprenta, me fuí a Helvecia a reconstruir el rancho.

Los diarios hablan de un crédito externo para arreglar el túnel. La balsa acaba de reanudar los viajes los sábados y los miércoles. Quise viajar el primer sábado, aprovechando el tiempo libre por la falta de trabajo, pero preferí posponerlo unas semanas para quedarme en Helvecia y terminar con el rancho. Gasté la indemnización en techos nuevos, en pintura, en un sistema de energía solar para poder calentar el agua y leer de noche.

Es que me da miedo regresar a Paraná, conocer las últimas noticias, volver a ver o no volver nunca más a ver al Viejo. Cuando llamé por teléfono al Registro, un mes antes de que la balsa volviera a cruzar, me dijeron que no tenían noticias sobre el Viejo. Pregunté si continuaba la adscripción en otra dependencia; primero lo negaron, después admitieron que no tenían los datos. Pedí hablar con el encargado. Con tono apático conjeturó que el Viejo podría haberse jubilado, pero no podían confirmarlo porque los papeles de los últimos movimientos de personal se habían arruinado en el archivo inundado del sótano. "Las napas altas", explicó el encargado. "¿Y si no se jubiló...?", pregunté, y el encargado pareció comprender mi angustia. "Si es que renunció, pidió licencia u otra posibilidad de este tipo -obvió, por supuesto, mencionar la muerte-, los archivos también se estropearon con el agua... Es imposible, señor, memorizar la situación particular de cada empleado del Registro".

Desde ese día me da miedo ir a Paraná, es por eso que retraso mi viaje. A veces temo volver a Santa Fé, y me quedo en el rancho. Las pocas veces en que vuelvo paso por la inmobiliaria o por el departamento -que ahora alquilan unos estudiantes- para ver si hay alguna carta. Quiero creer que el Viejo se jubiló o que finalmente pudo viajar a Oriente, y que en cualquier momento los estudiantes reciben una tarjeta suya desde la China. Por lo demás, poco me ata todavía a Santa Fé. Prefiero la soledad del rancho. Cuando sé acabe la plata, puedo tratar de conseguir algun trabajo en Helvecia. Vivir cerca del río a veces me trae una especie de tranquilidad; otras, me llena de incertidumbre. Me acuerdo del Viejo, pero no puedo más que mirar y pensar. No sé que voy a hacer después. A lomejor el miércoles o el sábado cruce en la balsa o, al menos, me siente a ver desde el embarcadero la otra orilla, la vegetación y los edificios de Paraná; a adivinar las barrancas. Si cruzo el sábado, quizá llego a tiempo a una de esas famosas reuniones con sus amigos de allá que nunca pude conocer. O mejor espero el próximo miércoles. Anuncian otra crecida y no quiero dejar el rancho solo.



Ulises Naranjo, Mendoza — 2º PREMIO

Nino

Hubo de pasar mucho silencio hasta darme cuenta de que la tristeza más nutricia es aquella despojada de todo pensamiento. He llegado a verla flotar medio metro por encima de mi cuerpo, luminosa como una gitana virgen, amistosa como el fantasma de un perro. Cuando he logrado liberarme de mis pensamientos, ha sido más hermosa la tristeza. Por eso creo que, de igual manera, el amor más puro es el jugo del deseo, la cópula animal, el zarpazo y la fuga. Miro para atrás buscando cicatrices, porque cuando he asumido con valor mi triste papel de presa, la cacería ha sido formidable. He sentido cómo el cuero se me abría al paso de una pezuña; he abierto los poros al perfume del abnico azul de una granada; he inclinado la testa ante la llovizna de la angustia. Y te doy precisiones: la tristeza sin pensamiento es un festival de los sentidos. La visión es un pirata ciego probando apoyo en un mar desconocido; el tacto es un amante transitando las últimas caricias de la vida; el gusto se regucija en una saliva neutra; el olfato es el alma del fuelle de la tristeza; el oído es la tumba de los pájaros. Conclusión: la felicidad es la palabra, el idioma paralelo del silencio, la torpe explicación de la tristeza. En un principio, era el verbo, pero antes y después del principio era y es tristeza, mi balsa sin náufragos ni viento, mi bolsillo invertido, mi mortaja vagabunda, mi cuerpo marcado. Esta canción será un buen recuerdo para mí.

Víctor Hugo

Adoro al Sol desde mi noche oscura. Mirar el fuego es el único problema filosófico valedero. Lo demás, todo lo demás, son cosas que están antes o después del fuego. Lo demás -la posesión, el arte, los mapas, el candado, las especias, los peces, la ausencia- es la materia y la ceniza. La materia sirve para fabricar escudos. Las cenizas son un coágulo sin digerir del olvido. Por eso, toda la historia del hombre se condensa entre la materia y la ceniza que envejece. A modo de herencia universal, te lo voy diciendo: la histeria de la meteria frotándose hará que un día estallemos como el nacimiento; y el cansancio de la ceniza producirá las pasta que nos enroscará otra vez en el juego perverso de la vida. Mi conclusión, años me ha llevado llegar a la síntesis, es que somos tan giles que, alguna vez, descubrimos y luchamos por el fuego, pero todavía no captamos el tremendo poder de su enseñanza. Hay que fundar una hermandad caliente; mirar el mundo con ojos incendiarios. Envocar el cuerpo convado en la llama como mariposa o inmolarse a lo bonzo como el mejor de los creyentes, en el mejor de los escenarios, a cualquiera de la horas. Porque, si todas las cosas son plausibles de ser quemadas, entonces, ahí está dios. Y la materia es una bomba de tiempo y de fuego; y la ceniza es blanca como el final del amor. Te aclaro que ningún dolor me regaló este frío insoportable. La ceniza es el mejor de los comienzos. El fuego es el mejor de los finales.

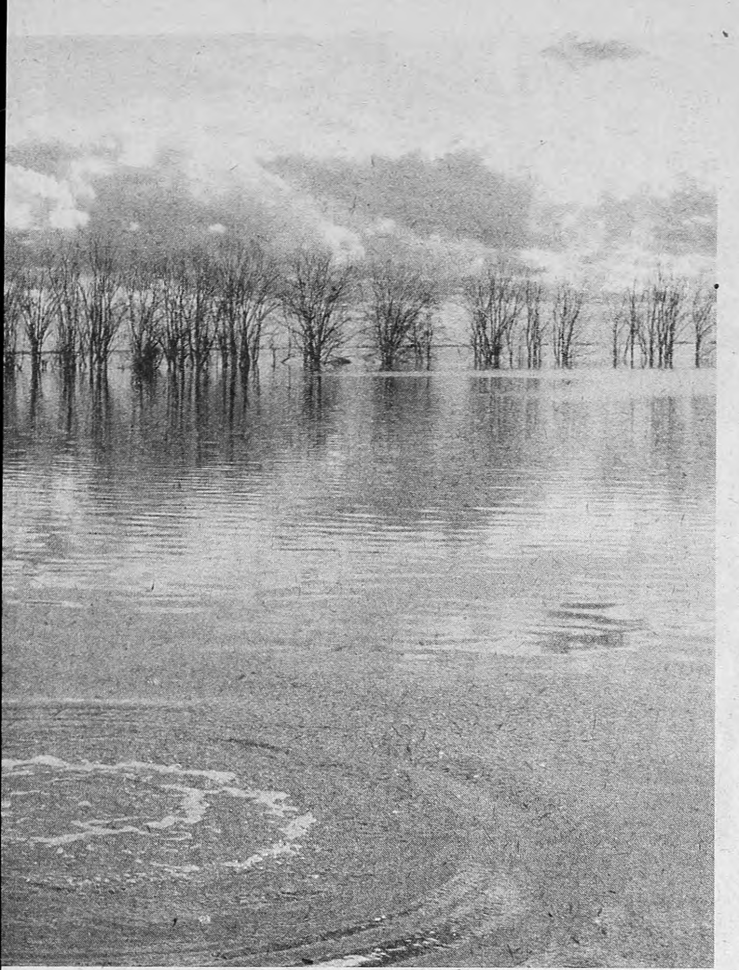
Fernando

Hubiese preferido nacer en otro país. Mi tristeza es el canto curvo de mi horfandad; esta certeza de desarraigo irrenunciable que, no obstante, siempre he alimentado. Cuando, como un lobo erguido en la noche, elegís la soledad, cualquier arrepentimiento es discurso de la cobardía y cualquier tristeza es vestigio de vida. Fernando es escritor hacia adentro y extranjero perpetuo hacia afuera; desde niño quiso ser viejo y, ahora, ya viejo, quiere ser otra persona, otro ser, una entidad. El hombre es un ser digno de lástima y la historia toda es una broma fallida, un petardo abandonado en el final del corso. Nunca hallé un libro o una mujer que me calmara esta sensación de tránsito marcial por la Avenida de los Idiotas. Debí nacer en España. A la noche, me meto a cualquier bar y veo fútbol, esa cosa tan detestable y argentina. Boca, ruleros, peronistas, asados, concursos, risotadas. A otra cosa: una vez, un joven poeta se tiró de la cúpula del Pasaje San Marín ¿Has sentido el ruido de los huesos de un poeta estrellándose contra el piso? El mundo es más cobarde: se va cayendo de a poco. Escuché el ruido de los huesos y me pregunté: ¿a qué edad caen más rápido los cuerpos de los poetas? Fernando hace una pausa y fuma con natural elegancia. No podría tirarme, porque saldría mal parado y tampoco puedo quitarme ese ruido de la cabeza. Con tiempo e infinita tristeza, he descubierto que esa caida quebró mi fe, asesinó el sentido de la música. De ahí en más la poesía no fue otra cosa que un montón de huesos.



Foto Ana Cuenya

Jueves 14 de noviembre de 1996 Jueves 14 de noviembre de 1996



te al Parque. No sabía si mi carta le había llegado. Era simple; le decía que extrañaba el atardecer desde aquel lado. Nunca respondió. Durante el invierno que duró la inundación, salía de la imprenta y me sentaba en los canteros de la Costanera Vieja. Mirando al Este, pensaba en lo que ocurriría en la otra orilla. El crepúsculo, los jueves, crecía como una penumbra que se amasa. Recuerdo haber sentido, no sé ... el frío, la sombra el abismo inexplicable. Era más que extrañarlo al Viejo; podía ser, incluso, algo diferente. Empezaba a entender de sus poemas muchas delas cosas que antesma resultaban incomprensibles. Algunos jueves, todavía, cuando vuelvo de Helvecia, siento la necesidad de ir a la laguna; me quedo mirando el agua que pasa, la orilla que se abisma. La locura del tránsito del centro, sobre todo a la mañana, me agobia como nunca lo había hecho durante el tiempo que viví en el departamento. Creo que ya no lo soportaría. Cuando la crisis obligó al dueño a cerrar la imprenta, me fuí a Helvecia a reconstruir el rancho.

Los diarios hablan de un crédito externo para arreglar el túnel. La balsa acaba de reanudar los viajes los sábados y los miércoles. Quise viajar el primer sábado, aprovechando el tiempo libre por la falta de trabajo, pero preferí posponerlo unas semanas para quedarme en Helvecia y terminar con el rancho. Gasté la indemnización en techos nuevos, en pintura, en un sistema de energía solar para poder calentar el agua y leer de noche.

Es que me da miedo regresar a Paraná, conocer las últimas noticias, volver a ver o no volver nunca más a ver al Viejo. Cuando llamé por teléfono al Registro, un mes antes de que la balsa volviera a cruzar, me dijeron que no tenían noticias sobre el Viejo. Pregunté si continuaba la adscripción en otra dependencia; primero lo negaron, después admitieron que no tenían los datos. Pedí hablar con el encargado. Con tono apático conjeturó que el Viejo podría haberse jubilado, pero no podían confirmarlo porque los papeles de los últimos movimientos de personal se habían arruinado en el archivo inundado del sótano. "Las napas altas", explicó el encargado. "¿Y si no se jubiló...?", pregunté, y el encargado pareció comprender mi angustia. "Si es que renunció, pidió licencia u otra posibilidad de este tipo -obvió, por supuesto, mencionar la muerte-, los archivos también se estropearon con el agua... Es imposible, señor, memorizar la situación particular de cada empleado del Registro".

Desde ese día me da miedo ir a Paraná, es por eso que retraso mi viaje. A veces temo volver a Santa Fé, y me quedo en el rancho. Las pocas veces en que vuelvo paso por la inmobiliaria o por el departamento -que ahora alquilan unos estudiantes- para ver si hay alguna carta. Quiero creer que el Viejo se jubiló o que finalmente pudo viajar a Oriente, y que en cualquier momento los estudiantes reciben una tarjeta suya desde la China. Por lo demás, poco me ata todavía a Santa Fé. Prefiero la soledad del rancho. Cuando se acabe la plata, puedo tratar de conseguir algun trabajo en Helvecia. Vivir cerca del río a veces me trae una especie de tranquilidad; otras, me llena de incertidumbre. Me acuerdo del Viejo, pero no puedo más que mirar y pensar. No sé que voy a hacer después. A lomejor el miércoles o el sábado cruce en la balsa o, al menos, me siente a ver desde el embarcadero la otra orilla, la vegetación y los edificios de Paraná; a adivinar las barrancas. Si cruzo el sábado, quizá llego a tiempo a una de esas famosas reuniones con sus amigos de allá que nunca pude conocer. O mejor espero el próximo miércoles. Anuncian otra crecida y no quiero dejar el rancho solo.

HISTORIAS GRISES

Fragmentos

Ulises Naranjo, Mendoza

2º PREMIO

Nino

Hubo de pasar mucho silencio hasta darme cuenta de que la tristeza más nutricia es aquella despojada de todo pensamiento. He llegado a verla flotar medio metro por encima de mi cuerpo, luminosa como una gitana virgen, amistosa como el fantasma de un perro. Cuando he logrado liberarme de mis pensamientos, ha sido más hermosa la tristeza. Por eso creo que, de igual manera, el amor más puro es el jugo del deseo, la cópula animal, el zarpazo y la fuga. Miro para atrás buscando cicatrices, porque cuando he asumido con valor mi triste papel de presa, la cacería ha sido formidable. He sentido cómo el cuero se me abría al paso de una pezuña; he abierto los poros al perfume del abnico azul de una granada; he inclinado la testa ante la llovizna de la angustia. Y te doy precisiones: la tristeza sin pensamiento es un festival de los sentidos. La visión es un pirata ciego probando apoyo en un mar desconocido; el tacto es un amante transitando las últimas caricias de la vida; el gusto se regucija en una saliva neutra; el olfato es el alma del fuelle de la tristeza; el oído es la tumba de los pájaros. Conclusión: la felicidad es la palabra, el idioma paralelo del silencio, la torpe explicación de la tristeza. En un principio, era el verbo, pero antes y después del principio era y es tristeza, mi balsa sin náufragos ni viento, mi bolsillo invertido, mi mortaja vagabunda, mi cuerpo marcado. Esta canción será un buen recuerdo para mí.

Víctor Hugo

Adoro al Sol desde mi noche oscura. Mirar el fuego es el único problema filosófico valedero. Lo demás, todo lo demás, son cosas que están antes o después del fuego. Lo demás -la posesión, el arte, los mapas, el candado, las especias, los peces, la ausencia- es la materia y la ceniza. La materia sirve para fabricar escudos. Las cenizas son un coágulo sin digerir del olvido. Por eso, toda la historia del hombre se condensa entre la materia y la ceniza que envejece. A modo de herencia universal, te lo voy diciendo: la histeria de la meteria frotándose hará que un día estallemos como el nacimiento; y el cansancio de la ceniza producirá la pasta que nos enroscará otra vez en el juego perverso de la vida. Mi conclusión, años me ha llevado llegar a la síntesis, es que somos tan giles que, alguna vez, descubrimos y luchamos por el fuego, pero todavía no captamos el tremendo poder de su enseñanza. Hay que fundar una hermandad caliente; mirar el mundo con ojos incendiarios. Envocar el cuerpo convado en la llama como mariposa o inmolarse a lo bonzo como el mejor de los creyentes, en el mejor de los escenarios, a cualquiera de la horas. Porque, si todas las cosas son plausibles de ser quemadas, entonces, ahí está dios. Y la materia es una bomba de tiempo y de fuego; y la ceniza es blanca como el final del amor. Te aclaro que ningún dolor me regaló este frío insoportable. La ceniza es el mejor de los comienzos. El fuego es el mejor de los finales.

Fernando

Hubiese preferido nacer en otro país. Mi tristeza es el canto curvo de mi horfandad; esta certeza de desarraigo irrenunciable que, no obstante, siempre he alimentado. Cuando, como un lobo erguido en la noche, elegís la soledad, cualquier arrepentimiento es discurso de la cobardía y cualquier tristeza es vestigio de vida. Fernando es escritor hacia adentro y extranjero perpetuo hacia afuera; desde niño quiso ser viejo y, ahora, ya viejo, quiere ser otra persona, otro ser, una entidad. El hombre es un ser digno de lástima y la historia toda es una broma fallida, un petardo abandonado en el final del corso. Nunca hallé un libro o una mujer que me calmara esta sensación de tránsito marcial por la Avenida de los Idiotas. Debí nacer en España. A la noche, me meto a cualquier bar y veo fútbol, esa cosa tan detestable y argentina. Boca, ruleros, peronistas, asados, concursos, risotadas. A otra cosa: una vez, un joven poeta se tiró de la cúpula del Pasaje San Marín ¿Has sentido el ruido de los huesos de un poeta estrellándose contra el piso? El mundo es más cobarde: se va cayendo de a poco. Escuché el ruido de los huesos y me pregunté: ¿a qué edad caen más rápido los cuerpos de los poetas? Fernando hace una pausa y fuma con natural elegancia. No podría tirarme, porque saldría mal parado y tampoco puedo quitarme ese ruido de la cabeza. Con tiempo e infinita tristeza, he descubierto que esa caida quebró mi fe, asesinó el sentido de la música. De ahí en más la poesía no fue otra cosa que un montón de huesos.

Foto Ana Cuenya

OPINA el jurado

Antonio Dal Masetto

Ojalá hubieran muchos concursos como éste, sobre todo porque es casi la única puerta que se abre, la única posibilidad para los autores jóvenes de acceder a algún tipo de publicación o por lo menos de dar a conocer sus primeros cuentos. Por razones obvias, las editoriales son de difícil acceso, se arriesgan con escritores consagrados y el mercado está duro, por lo tanto, el Conti ayuda a todo aquel que se inicie. **Para nosotros como jurado es una gran alegría encontar buen material y poder darlo a conocer . Hay un momento de placer: cuando uno empieza a descubrir que hay buen material, creo que es la mayor recompenza. El material es muy compacto y hubo coincidencia desde el principio.**

Gabriel Bañez

Una de las características del Haroldo Conti Nacional es la convivencia de los diferentes géneros, estilos, modalidades: no podemos hablar de un registro único y eso es lo más destacable.

La cantidad de cuentos recibidos recuerda a Haroldo Conti: Haroldo insistía en la perseverancia de la escritura, la escritura como actitud, revulsiva, dinámica, una presencia.

El cuento ganador hace referencia a la memoria, hay una referencia muy palpable a Juan L. Ortíz, al escritor, al poeta, y precisamente está rescatando y registrando esa actitud de la escritura, esos valores. Y no coincide con la línea del segundo cuento.

Nosotros estamos tratando de premiar algo que nos golpee en las tripas, que es una señal que nunca falla.

Guillermo Saccomanno

A pesar de la edad acotada, los diferentes puntos de vista son muy rescatables. Este concurso viene a demostrar que la edad no es una garantía de inmadurez, nos hemos encontrado con un material muy sólido, fue bastante árdua la selección aunque hubo muchas coincidencias, porque respetamos la variedad de estilos y de puntos de vista.

Es importante señalar que un concurso de relatos breves tiene un mérito: se inscribe en una tradición del género cuento que tiene que ver con la Argentina y con el Río de La Plata, una tradición que data desde fines del siglo pasado. Un género que, según los editores, está desprestigiado. **Yo estoy absolutamente convencido de que si hoy Cortázar o Conti llevaran su primer libro de relatos a un editor, se lo rebotarían, porque creerían que no se inscribe dentro de las normas del marketing.**

Lo valorable de este concurso es primero que los autores empiezan a ser difundidos, son autores jóvenes, las editoriales están cerradas al cuento.

El otro valor se cifra en el nombre ya que esto implica un rescate de la memoria, un registro de la realidad, no se puede decir que éstos cuentos pertenecen a otra galaxia sino que están comprometidos firmemente con la realidad Argentina de estos días. El premio Conti es digno de elogio.

Hay que resaltar la calidad de los participantes y el material que se recibió fue aluvional. **Que un concurso lleve el nombre de Conti está indicando un sentido a la literatura, le está dando una utilidad, la literatura no es acto gratuito, se está eligiendo contar historias en un momento en donde el capitalismo de fin de siglo apunta al borramiento de la memoria y este es un rescate que me parece fundamental.**

El segundo cuento tiene que ver con eso que se llama "minimalismo", una escritura que está más cerca de la vanguardia. Tenemos entre el primero y el segundo premio dos registros absolutamente diferentes, tan válidas una como la otra.

Los Jurados Gabriel Bañez, Antonio DalMasetto y Guillermo Saccomanno en momentos de abrir los sobres.



Primer premio, Gobierno de la Provincia de Buenos Aires ($ 5.000) : **"LA OTRA ORILLA"** De *Beatriz E. Actis*, de Sunchales, Santa Fe. Seudónimo "Gerarda"

Segundo premio, Dirección General de Cultura y Educación, ($ 3.000): **"HISTORIAS GRISES"** : de *Ulises Naranjo*, de Mendoza Seudónimo "Odiseo".

Primera mención, Subsecretaría de Cultura: **"ANIMALES MENTALES"**, de *Oscar E. Guillén* de Mendoza. Seudónimo "Carlota V".

Segunda mención, Subsecretaría de Cultura: **"MIS TIAS"**, de *Sandra M. Carrasco*, de La Plata, Pcia, Buenos Aires. Seudónimo "Mara Tin"

Tercera mención, Subsecretaría de Cultura: **"CUANDO ESTA NOCHE SEA NUESTRA"**, de *Leopoldo Brizuela* de La Plata, Pcia. de Buenos Aires. "Calibán".

24 FINALISTAS, sin orden de mérito

* **"CITIZEN CRASH"**, de *Carlos Victor Liascovich*, de Capital Federal. Seudónimo "Bogus".

* **"MUERETE RINGO"**, de *Juan José Becerra*, de la Plata, Pcia. de Buenos Aires. Seudónimo "Mamífero".

* **"EL JAZZ Y LOS DOS VASOS DE WHISKY"**, de *Adam Molho* de Capital Federal. Seudónimo "Rupert".

* **"LAS COMPLICES DEL MAGO"**, de *Daniel Clemente Del Percio* de El Palomar, Pcia. de Buenos Aires. Seudónimo "Caronte".

* **"PUENTE ALSINA (prostitución & sorcery story)"**, de *Sandra Gasparini* de Ramos Mejía, Pcia. de Buenos Aires. Seudónimo "Sondra".

* **"1955"** de *Pablo A. Banegas* de San Pedro, Pcia. de Buenos Aires. Seudónimo "Pirulo".

* **"UNA FIRMA INTIMA DE FLORENCIA"** de *Federico H. Lafuente*, de Capital Federal. Seudónimo "Schlichting, barón de"

* **"SEGUNDOS AFUERA"**, de *Gabriela J. Urrutibehety*, de Dolores, Pcia. de Buenos Aires. Seudónimo "Picha".

* **"CERCO DOBLE"** de *Ramón D. Tarruella* de La Plata, Pcia. de Buenos Aires . Seudónimo "Isidro Terranova".

* **"VIAJE EN TAXI"** de *Juan V. Sabia* de Capital Federal. Seudónimo H. Purcell.

* **"SABADO"** de *Yamil Ale de Maciá*, Pcia. de Entre Ríos. Seudónimo "Señor Chino".

* **"SOMBRA Y LUZ"** de *Rosa Ana Gómez*, de Capital Federal. Seudónimo "Pepa Bombón".

* **"LA TV"** de *Sandra Siemens*, de Whelwrigt, Pcia. de Santa Fe. Seudónimo "Gurguna".

* **"GAVIOTAS CONTRA UN CIELO PLOMIZO"** de *Leonardo G. Pitlevnik* Vicente López, Pcia. de Buenos Aires. Seudónimo "Trocosoco".

* **"LA CITA"** de *Diego M. Zarini* de Mar Del Plata, Pcia. de Buenos Aires. Seudónimo "Rodolfo Aristo".

* **"DESCRIBEN SOMBRAS EXTRAÑAS SOBRE EL PAISAJE DE LA ISLA"** de *Mariano Tosi* de Capital Federal. Seudónimo M.T.

* **"ANTUNES"** de *Matías Ariel Blei de Martínez*, Pcia. de Buenos Aires. Seudónimo "Hola, Amilcar".

* **"VISPERAS"** de *Gerardo F. Venegas*, de Temperley, Pcia. de Buenos Aires. Seudónimo Fabio Sauer

* **"CUADRO ESLOTEADO"** de *Gerardo Nuñez Cordo*, de Capital Federal. Seudónimo Zorro Galtié.

* **"DIAMANTES EN EL LODO"** de *Hernán J. Quipildor* de La Plata, Pcia. de Buenos Aires. Seudónimo "Manuel Camalote".

* **"COMPLETAMENTE SOLO"** de *Patricia Suárez* de Rosario, Pcia de Santa Fe. Seudónimo Rip Kirby.

* **"DIECIOCHO HORAS"** de *Miriam H. Maidana* de Capital Federal. Seudónimo "EmeEme".

* **"EL CAZADOR"** *Alfredo R. Di Bernardo* de Santa Fe. Seudónimo "Logan".

* **"TABOADA"** de *Gabriel A. Borsella* de Berazategui, Pcia. de Buenos Aires. Seudónimo "Alberto Mariani".

Primeros Premios: palabras

"Sabidas son las dificultades de los escritores para dar a conocer su obra. La particular orfandad que implica esta tarea individual y silenciosa, rara vez reconocida, se acentúa -y esto sin la pretensión de recaer en un discurso victimizado- en los que lo hacemos desde el interior del país. Agradezco la oportunidad que el Concurso Nacional "Haroldo Conti " representa, y ojalá continúen ofreciéndola a los jóvenes que escriben. Estas alternativas no sólo satisfacen vanidades individuales, sino estimulan para seguir trabajando a un amplio grupo de creadores, ratificando que el rol del Estado en el área de cultura es indelegable.

El nombre que lleva este certamen no es una formalidad, impacta y emociona recibir un premio que recuerda a un gran narrador como Haroldo Conti. Uno de los personajes de mi cuento está claramente referenciado en el poeta Juan L. Ortiz. Las figuras de ambos escritores no se acercan quizás en cuanto a lo estrictamente literario, aunque en realidad mucho podríamos discutir acerca de qué es lo estrictamente literario. Pero lo que sin duda ambos comparten es una **ética de la escritura.**

En épocas como la actual, en que parece incrementarse el cuestionamiento sobre el arte en la vida (y también la perversa presunción de que ambos términos se excluyen), resaltan y conmueven concepciones de literatura como aquellas a las que responden las obras, las vidas y las muertes de Conti y de Juan L."

Beatriz Actis

"Cuando uno vive "adentro" es poco probable que espere ser reconocido. En realidad fue una sorpresa la noticia, porque sinceramente no me imaginé que un mendocino, un hombre del interior del país, sea premiado. Uno convive con la idea de que todo sucede en Buenos Aires.

Agradezco a la Subsecretaría de Cultura bonaerense, por esta puerta, por esta posibilidad que tienen los jóvenes escritores con el "Haroldo Conti". El premio es solo una circunstancia azarosa."

Ulises Naranjo